

## **“JESUCRISTO AYER, HOY Y SIEMPRE” Según la Carta a los Hebreos**

**P. Albert Vanhoye, S.J.\***

Para la “IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”, el Santo Padre Juan Pablo II ha elegido un lema iluminante y estimulante: “Jesucristo ayer, hoy y siempre”, que invita a la fe y a la esperanza. Como la expresión está tomada de la carta a los *Hebreos*, quien quiera profundizar su sentido y alcance encontrará una ayuda en el texto de esta Carta. Es precisamente este el objetivo del presente artículo. Examinaremos la expresión en su contexto inmediato y luego en el contexto de toda la carta. Así podremos apreciar mejor sus ricos significados y su gran fecundidad para la vida cristiana y el apostolado.

### **1. LA ADHESION A JESUCRISTO EN HEBREOS 13, 7-17**

El contexto inmediato en el cual el autor hace esta profesión de fe en Cristo es un contexto de solidaridad eclesial. En efecto, la frase precedente habla de los primeros dirigentes de la comunidad cristiana, invitando a conservar su recuerdo y a imitar su fe: “Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la palabra de Dios y, considerando el fin de su vida, imitad su fe” (Hb 13,7). Inmediatamente después del último vocablo de esta frase, que es la palabra fe, viene la declaración que nos interesa: “Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será por siempre” (13,8). Evidentemente que su objetivo es el de expresar la fe. Así queda claro que la fe anunciada por los dirigentes ha sido la fe en una persona, adhesión personal a esta persona la cual es verdaderamente “digna de fe” porque permanece “la misma”. Lo que Jesucristo fue ayer lo es igualmente hoy y lo será siempre. El asegura a la fe un apoyo sólido, perfectamente estable. Para los creyentes ya no existirá el más mínimo motivo para buscar otro apoyo.

Notemos que, en el lema propuesto por el Papa, una expresión de la frase, “el mismo”, ha sido omitida. ¿Cuáles son los efectos de esta omisión?. La frase que era elíptica porque no contiene ningún verbo, ahora se evidencia con mayor fuerza porque le falta también el predicado, es decir, “el mismo”. De acá resulta

---

\* Escriturista. Profesor en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma y Secretario de la Pontificia Comisión Bíblica. Francés.

que las determinaciones temporales (ayer, hoy... y por siempre) que precisaban el predicado, ahora pasan a ocupar este lugar. No hay la insistencia sobre la inmutabilidad de Cristo, sino sólo sobre su ilimitada permanencia.

El efecto principal de la omisión consiste en una mayor apertura del sentido. En la carta, la frase viene entendida como enunciativa: "Jesucristo es el mismo a través de todos los tiempos". Si quitamos "el mismo" esta interpretación permanece posible pero el camino se abre para otras interpretaciones. De una parte puede ser entendida como una invitación a la adhesión de fe: "manteneos adheridos a Cristo a través de todos los tiempos" o también, puede entenderse como un compromiso a esta invitación: "nos mantendremos unidos a Cristo a través de todos los tiempos". La frase se vuelve entonces polivalente. A su significado estático, que permanece fundamental, se añaden los significados dinámicos que resultan del primero.

Esta mayor apertura del sentido no es en lo más mínimo infiel a la perspectiva de la carta, al contrario, le viene muy bien. En efecto, el autor une siempre en su presentación del Misterio de Cristo, estabilidad y dinamismo, y saca de eso consecuencias para la vida cristiana, la cual debe estar caracterizada por una constante fidelidad que sea al mismo tiempo impulso generoso y no rígido inmovilismo.

Lo vemos inmediatamente en el contexto sucesivo (13,9-17). En efecto, el autor prosigue, de una parte con un llamado de atención contra la inestabilidad en materia de doctrina: "*No os dejéis extraviar por doctrinas distintas y extrañas*" (13,9), pero agrega, de otra parte, una invitación a ponerse en movimiento para configurarse con el Misterio de Jesús: "por eso, también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta (de Jerusalén). Así pues, *salgamos donde él fuera del campamento...*" (13,12-13). La fidelidad a Cristo entonces excluye la inconstancia doctrinal, pero exige al mismo tiempo un movimiento de "salida" orientado hacia una adhesión más auténtica a su persona.

La manera como el autor se explica en los versículos intermedios (13,9b-11) no está exenta de complejidad y por eso suscita muchas discusiones exegéticas, en las cuales no entramos por falta de tiempo. Un punto al menos es claro: como base de la estabilidad cristiana, el autor propone la "gracia" y rechaza el formalismo de la observancia. "porque, continúa, es mejor fortalecer el corazón con la gracia que con alimentos que no son de provecho alguno para quienes siguen este camino" (13,9b). En esta frase, el autor distingue dos posibles modos de concebir la fidelidad religiosa: uno interno, "por medio de la gracia", el otro externo, por medio de la observancia de prescripciones alimenticias. La religiosidad espontánea tiende siempre a dar mucha importancia a ciertas prácticas externas. La ley de Moisés comprende muchas prescripciones que van en este sentido y conciernen, en particular, los alimentos considerados

puros o impuros. La tradición judía le ha añadido minuciosas precisiones (cf. Mc 7,3-4). En los evangelios, constatamos que Jesús ha luchado contra este modo de concebir la religión. El, escribe San Marcos, ha “hecho puros todos los alimentos” (Mc 7,19; cf. 1Tim 4,3-5). Su insistencia estaba centrada en la necesidad de purificar el corazón (Mc 7,20-23). La historia de la Iglesia primitiva demuestra cuán difícil era, para la mentalidad de aquel tiempo, atenerse a este profundo cambio de perspectiva. Particularmente San Pablo ha tenido que intervenir muchas veces, y largamente, sobre este problema (cf. Gal 2,11-14; 1Cor 8,1-13; 10,14-31; Rom 14; Col 2,16-23). “No es ciertamente la comida lo que nos acercará a Dios. Ni somos menos porque no comamos, ni somos más porque comamos” (1Cor 8,8). “Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14,17).

La auténtica fidelidad religiosa no consiste, entonces, en encerrarse en un sistema rígido de observancias, sino en hacer lo posible por ser dóciles a los impulsos creativos de la gracia. Tal docilidad requiere coraje y generosidad. Es necesario rechazar los conformismos que el mundo no cristiano quiere imponer y rechazar tendencias generalmente aceptadas (cf. Rom 12,2). El creyente no sigue la ley del placer, especialmente en las relaciones entre hombres y mujeres, sino que respeta las personas (Heb 13,4). No se somete al culto del dinero: “Sea vuestra conducta sin avaricia; contentaos con lo que teneis, pues él ha dicho: No te dejaré ni te abandonaré” (13,5). A causa de esta toma de posición valiente, el cristiano se expone a ser criticado y marginado. Quien “sale del campamento” sociológico para alcanzar a Jesús “fuera de la puerta”, sabe, anticipadamente, que deberá “llevar su oprobio” (13,13); será despreciado con Jesús despreciado. Pero él sabe igualmente, que “el oprobio de Cristo es riqueza mayor que todos los tesoros de Egipto” (11,26), porque asegura el acceso a las riquezas de la gracia, es decir, al inmenso amor divino, capaz de hacer florecer la verdadera vida.

La fe en Cristo libera de los inmovilismos humanos. “No tenemos acá una ciudad permanente” (13,14). El que cree en Cristo renuncia a la tentación de instalarse comodamente en el mundo y de aburguesarse. Sabe muy bien que ese camino es defraudante. En efecto, el mundo no es estable. No puede asegurar una felicidad duradera. “Porque la apariencia de este mundo pasa” (1Cor 7,31), escribía San Pablo. Por su parte, el autor de *Hebreos*, desde el inicio de su predicación, ha expresado un completo contraste entre el mundo efímero y Cristo, que permanece “el mismo”: “Tú al comienzo, ¡oh Señor!, pusiste los cimientos de la tierra, y obras de tus manos son los cielos. *Ellos perecerán, mas tú permaneces*; todos, como un vestido envejecerán; como un manto los enrollarás, como un vestido *serán cambiados. Pero tú eres el mismo* y tus años no tendrán fin” (Heb.1,10-12. Salmo 102,26-28). Esta misma enseñanza viene confirmada un poco antes de nuestro trozo, al final del cap.12: “Aquel que habla desde los cielos”, Cristo glorioso, “ha hecho este anuncio: Una vez más haré yo que se estremezca no sólo la tierra, sino también el cielo” (12,26). Los cristianos

serían estúpidos y culpables si se apegaran a realidades efímeras, deben por el contrario, tomar conciencia que, desde ahora, reciben un “reino incommovible” (12,28), el Reino de Cristo, con sus valores perfectamente válidos. No lo poseen todavía completamente y por eso su existencia tiende hacia una realización posterior: “Andamos buscando la ciudad futura” (13,14).

Esta orientación hacia el Reino de Cristo no produce una religión desencarnada, separada de la realidad e indiferente a los problemas de la gente. Todo lo contrario!. El Cristo glorioso, que es “el mismo, ayer, hoy y siempre” (13,8), comunica a quien cree en El un potente dinamismo de caridad, capaz de renovar la sociedad humana. El nuevo culto, que se realiza en la unión con Cristo resucitado, tiene dos dimensiones inseparables: un reconocimiento amoroso hacia Dios y el amor generoso hacia las otras personas. El autor expresa estas dos dimensiones en dos versículos sucesivos, que contienen cada uno la palabra “sacrificio”. El primero dice: “Por medio de él -es decir de Cristo- ofrecemos a Dios continuamente un sacrificio de alabanza”, lo que quiere decir, “un sacrificio de acción de gracias” (cf. Salmo 49(50),14 y 23). Expresamos nuestro reconocimiento amoroso, porque Dios en Cristo nos ha colmado y continúa colmándonos de su amor generoso y misericordioso. Luego el otro versículo agrega: “No os olvidéis de hacer el bien y de ayudaros mutuamente; éstos son los sacrificios que agradan a Dios” (Heb 13,15-16).

Dios no quiere más sacrificios rituales, prescripciones de la ley antigua (cf. Heb 10,5-8 que cita el Salmo 40). Rechaza un culto externo, separado de la vida. Quiere la ofrenda del corazón y la transformación de la existencia real. Dios que es amor e infunde amor, quiere que acojamos y propaguemos el amor, recibéndolo de El con gratitud y comunicándolo después a las otras personas. La unión de estas dos dimensiones del amor cristiano, expresadas en Hebreos 13,15-16 en una doble perspectiva sacrificial, ha sido preparada en el contexto precedente, en el cual los dos temas se suceden. En efecto, el final del cap.12 nos invita a dar culto a Dios por medio de la gratitud, porque recibimos el “reino incommovible” (12,28), mientras que el inicio del cap.13 nos invita a perseverar en el amor fraterno, practicando también la hospitalidad y preocupándonos de los encarcelados y de las personas atribuladas, como si estuviéramos en la misma situación (13,1-3). Una unión todavía más estrecha de las dos formas de amor viene expresada en Heb.6,10 donde el autor declara que los fieles han demostrado amor por el nombre de Dios con los servicios que han hecho y continúan haciendo a sus hermanos.

Después de haber recomendado la solidaridad en Heb.13,16, el autor recuerda un aspecto importante de ella en el versículo siguiente: “Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas” (13,17). Cuando se habla de caridad, de amor cristiano, no se piensa normalmente en este punto. Cuántos entre nosotros están verdaderamente convencidos que la sumisión sincera y cordial a los pastores de la Iglesia es una de las más

necesarias manifestaciones de la auténtica caridad? No somos suficientemente conscientes de la relación que existe entre amor y unión de las voluntades; sin embargo esto es esencial. Los pastores de la Iglesia están al servicio de la unión entre todos. Para vivir realmente en el amor es necesario ayudarlos en su misión por medio de una franca docilidad y de una generosa cooperación. Esta es una verdadera caridad, que lleva también el distintivo de la humildad evangélica. Otras formas de amor pueden ser ilusorias, porque están arruinadas por el amor propio. No contribuyen realmente al progreso de la comunión entre todos, como lo quiere el Señor.

Con todo esto queda manifiesto que “Jesucristo ayer, hoy y siempre” no es solamente el apoyo sólido de la fe, que preserva de cada peligrosa desviación, sino que también es la fuente del amor, que hace posible la vida en comunión con Dios y con los hermanos y las hermanas en un continuo impulso.

## 2. LA GLORIA SACERDOTAL DE CRISTO

Dicho esto tratemos de precisar todavía mejor el significado de la frase de Heb 13,8 a la luz de la cristología de toda la carta. Cuando el autor declara: “Jesucristo ayer y hoy (es) el mismo”, se refiere evidentemente a la exposición de cristología que ha realizado en los capítulos precedentes.

Es útil, a este respecto, preguntarse qué entiende el autor cuando dice “ayer”. Ciertamente no toma este término en su sentido propio, que hace referencia solo al día anterior. Lo toma en sentido metafórico, de un pasado más remoto y menos limitado. Algunos comentaristas han pensado que “ayer” corresponde por el pasado a la expresión que en la misma frase concierne al futuro, es decir, “por los siglos”, “por la eternidad”. “Ayer” significaría entonces “desde la eternidad”. Pero esta interpretación no es fiel al texto. Para decir “desde la eternidad” la biblia adopta otros términos que significan literalmente “del siglo” o “antes de los siglos”, cf. Salmos 40(41),14 y 105(106),48 o también 54(55),20 y 92(93),2. De por sí “ayer” no expresa la eternidad, sino un período limitado de tiempo pasado. Ahora bien, este término conviene aquí, porque el sujeto de la frase no es “el Hijo de Dios” en su preexistencia eterna, sino “Jesucristo”, es decir, el Hijo de Dios encarnado y ahora glorificado. Entonces la interpretación más correcta es la siguiente: Cristo glorificado no está sometido a la mutabilidad. “Ayer”, es decir, en los días de vuestra conversión (cf.10,32), vuestros dirigentes os han revelado su Misterio (cf.13,7); “hoy” su mensaje conserva toda su validez y la conservará siempre. Entre ayer y hoy Jesucristo no ha cambiado. No cambiará jamás. Permanece “el mismo”.

¿Pero qué cosa significa “el mismo”? Aquí debemos recordar sobre todo que, según la doctrina de la carta y de todo el Nuevo Testamento, Jesús no ha

sido siempre “el mismo”, desde todos los puntos de vista, desde el inicio. Ciertamente, él siempre ha sido el Hijo de Dios y, por lo tanto, “el mismo” bajo este aspecto, “esplendor de la gloria” de Dios “y expresión de su ser” (Heb 1,3) desde la eternidad. Pero con la encarnación, El se ha sometido a la necesidad de una transformación porque ha asumido una existencia histórica, un “devenir” humano. Jesús Niño “crecía” (Lc 2,40) y por tanto no permanecía el mismo, se hacía diverso. Su crecimiento no era solamente un progreso fisiológico, sino que comprendía también una evolución mental, afectiva y espiritual: “Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2,52).

Pero el objetivo de la encarnación iba mucho más allá de un normal crecimiento humano. Miraba a una transformación radical de la condición del hombre, haciéndolo pasar de un nivel miserable, signado por la opresión del mal y de la muerte (cf. Heb 2, 15), a un nivel de perfecta comunión con Dios y con los hermanos. Una tal transformación requería un duro choque con el pecado y la muerte, en generosa adhesión al proyecto salvífico de Dios y completa solidaridad con los hombres pecadores (sin tener, no obstante, la mínima complicidad con sus pecados). En otros términos, era necesario afrontar por puro amor el sufrimiento y la muerte y vencer así, con la fuerza de la caridad divina, el pecado y sus desastrosas consecuencias, abriendo para todos el camino de una vida nueva, la vida del “hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad verdadera” (Ef 4,24).

El autor de *Hebreos* expone esta doctrina cuando escribe: “convenía, en verdad, que Aquel por el cual y del cual son todas las cosas, queriendo llevar a la gloria una multitud de hijos, hiciese perfecto mediante los sufrimientos al pionero de su salvación” (2,10). Después de haber hecho esta declaración de principio, refiere que este designio de Dios se ha cumplido efectivamente en Cristo, “el cual, en los días de su carne,... aún siendo Hijo, aprendió con sus sufrimientos la obediencia y hecho perfecto, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen” (5,7-9). En su pasión, por lo tanto, Jesús no ha permanecido el mismo, sino que ha sufrido y aceptado generosamente una profunda transformación de su ser humano: “aprendió la obediencia”, “fue hecho perfecto” y así “se convirtió” en eso que no era primero, en “causa de salvación” para quien acepta adherirse a El.

En cambio, después de esa transformación radical, Jesucristo es ahora “el mismo” en su gloria sin fin. “El ha entrado de una vez para siempre en el santuario” (9,12), es decir, “en el cielo mismo” (9,24); “habiendo ofrecido un único sacrificio por los pecados, se ha sentado a la derecha de Dios” (10,12). Es necesario, sin embargo, comprender bien este estado glorioso definitivo y observar, en particular, que Cristo no pierde aquello que ha adquirido con tal alto precio. La glorificación de Jesús no ha consistido simplemente en encontrar junto al Padre su gloria eterna de Hijo de Dios, extendida ya a su naturaleza humana. El autor de *Hebreos* nos enseña claramente que la gloria de Jesucristo,

después de la pasión, es una gloria sacerdotal. Cristo ha sido “proclamado por Dios Sumo Sacerdote” (5,10). “Tenemos un gran sumo sacerdote, que ha atravesado los cielos, Jesús, Hijo de Dios” (4,14). “Ayer, hoy y siempre”, Jesucristo es ya nuestro sacerdote.

En la primera parte de su predicación (1,5-2,18), el autor ha preparado cuidadosamente esta revelación, con una exposición doctrinal sobre el “nombre” de Cristo, el nombre que El ha recibido en su glorificación pascual. Este nombre expresa su posición definitiva, en la cual El permanece ahora “el mismo” (13,8).

El tema del “nombre” viene anunciado al final del solemne exordio de la predicación. En el texto griego el vocablo *onoma*, “nombre”, es el último de esta larga frase (1,1-4). Muchos comentaristas no ven que la explicación de este tema se extiende hasta el final del capítulo 2o. y comprende, no un sólo aspecto, sino dos aspectos distintos: de una parte, la relación de Cristo resucitado con Dios (1,5-14); de otra, su relación con nosotros los hombres (2,5-16).

La relación de Cristo Resucitado con Dios es sumamente estrecha, porque El ha entrado plenamente, con su naturaleza humana renovada hasta el fondo, en la gloria divina y viene así reconocido como el “Hijo” de Dios (1,5; cf. Salmo 2,7; 2S 7,14), “el Primogénito” (1,6; cf. Salmo 89,28), adorado por los ángeles (1,6; cf. Dt 32,43), “Dios” el mismo con el Padre (1,8,9; cf. Salmo 45,7-8), “Señor” del cielo y de la tierra (1,10-12; cf. Salmo 102,26-28; Mt 28,18), sentado a la diestra de Dios (1,13; cf. Salmo 110,1).

Se podría pensar que esta glorificación divina hubiese roto los vínculos de Jesús con nosotros, miserables. El se encuentra ahora en el cielo; participe de la inmutabilidad divina, permanece “el mismo” (1,11,12), mientras nosotros, sobre la tierra, estamos sometidos a continuas mutaciones y peligros. En realidad esta posible impresión de separación es falsa y viene corregida en el segundo párrafo (2,5-18). El autor demuestra que lejos de haber provocado una ruptura de sus vínculos con nosotros, la glorificación pascual de Jesús ha producido un fortalecimiento de estos lazos de fraternidad y los ha hecho definitivos. ¿Por cuál motivo? Porque esta glorificación ha sido obtenida a través de la solidaridad de Jesús con nosotros, llevada hasta el extremo. La gloria de Cristo resucitado no es el triunfo de un dominador que habría impuesto su poder con la fuerza de las armas, no es la gloria de la ambición satisfecha. Al contrario, es la gloria de quien “ha venido para servir y dar la propia vida en rescate por muchos” (Mc 10,45), la gloria de quien “ha amado hasta el fin” (Jn 13,1; 19,30), la gloria de haberse hecho “en todo semejante a los hermanos” (Hb 2,17), aceptando compartir sus pruebas, sus humillaciones y sufrimientos, su muerte, es más, aceptando tomar sobre sí la suerte de los peores criminales, el suplicio de la cruz, para convertirse así en “el pionero de su salvación” (2,10). Si Jesús es ahora “coronado de gloria y honor”, ésto se debe al hecho que “ha sufrido la muerte... para beneficio de todos” (2,9).

De acá resulta que el “nombre” glorioso de Cristo Resucitado no viene definido solamente con el aspecto filial de relación con Dios, sino también con el aspecto fraterno de relación con nosotros (2,11-12). La gloria actual y definitiva de Cristo es aquella de ser al mismo tiempo, de modo indisoluble, “Hijo de Dios” y “hermano de los hombres”. El proceso con el cual Cristo ha obtenido para su naturaleza humana la plenitud de la gloria divina ha sido aquel de una total solidaridad con nosotros, según la voluntad salvífica del Padre. Por medio de todos los sufrimientos de la pasión, aceptados por amor, las dos relaciones, con Dios y con los hombres, se han reforzado recíprocamente en el corazón de Cristo y se han compenetrado de un modo único.

El autor de *Hebreos* nos revela así que la gloria eterna de Jesucristo es la gloria sacerdotal anunciada anticipadamente en el oráculo solemne del Salmo 110: “El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote eterno” (Salmo 110,1; Heb. 7,21). En su pasión, Cristo ha adquirido con plenitud insuperable las dos cualidades fundamentales del sacerdote, es decir, la autoridad para las relaciones con Dios y la misericordia para acoger a los hombres pecadores. El autor expresa esta doctrina cuando concluye su exposición sobre “el nombre” que pertenece ya a Cristo en virtud de su Misterio Pascual. El declara: “Por esto tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para llegar a ser sumo sacerdote misericordioso y digno de fe en lo que toca a Dios” (Heb 2,17). Como se ve, al título “sumo sacerdote” el autor anexa dos calificativos, “misericordioso” y “digno de fe”, anunciando así las dos secciones de la parte sucesiva de su predicación: desde el 3,1 al 4,14 él explicará el calificativo “digno de fe” y sus consecuencias para nosotros; después, desde el 4,15 al 5,10 explicará de manera semejante el calificativo “misericordioso”.

A propósito del primer epíteto (en griego: *pistos*), es necesario, desafortunadamente, observar que habitualmente no es traducido con exactitud. En vez de traducirlo “digno de fe”, muchos lo traducen “fiel”. No ven que en el contexto no se trata de fidelidad, sino más bien de autoridad y de derecho a la confianza. Cristo glorioso es “digno de fe por las relaciones con Dios” (2,17), “hombre de confianza para Aquel que lo ha constituido, como Moisés en toda su casa” (3,2; cf. Núm 12,7). Más bien, es más glorioso que Moisés, porque “Moisés es digno de fe en toda la casa como gran servidor (*therapon*), mientras Cristo lo es sobre su casa como Hijo” (3,5-6). La primera cualidad sacerdotal del Cristo Glorioso es entonces la autoridad respecto a las relaciones con Dios. De acá resulta que podemos y debemos darle nuestra fe. “Porque tenemos un gran sumo sacerdote que ha atravesado los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengamos firme nuestra profesión de fe” (4,14).

A esta primera cualidad sacerdotal se suma una segunda. Por medio de su pasión, Jesús no ha obtenido solamente la gloria filial, que confiere a su humanidad “todo poder en el cielo y sobre la tierra” (Mt 28,18), sino que El ha



adquirido también una inmensa misericordia fraterna. No estamos tan habituados a esta revelación sorprendente. Sabemos, sí, que en su vida terrena Jesús se ha mostrado pleno de misericordia. Acogía con tanta bondad a los enfermos, a los pobres, a los niños, a todos los que sufrían e incluso a los publicanos y a los pecadores. No estamos habituados a considerar que por medio de su pasión, Jesús ha adquirido una misericordia aún más profunda y que la pasión, tenía este objetivo, alcanzado ahora en la glorificación. Jesús ha aceptado su pasión “*para llegar a ser sumo sacerdote misericordioso*” (2,17). Ha aceptado padecer para estar en grado de com-padecer de un modo más real, con todas las fibras de su ser humano. En el sufrimiento, Cristo ha adquirido una nueva capacidad de compasión: “No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compartir nuestra debilidad, sino uno que ha sido probado en todo a nuestra semejanza, menos en el pecado” (4,15). Y no se trata solamente de participación afectiva sino también de capacidad efectiva de convertirse en ayuda: “Justo porque ha sido probado y ha sufrido personalmente, por eso está en grado de socorrer a aquellos que padecen la prueba” (2,18; cf 4,16).

Estas afirmaciones, notémoslo bien, hacen referencia al Cristo *glorificado*. Expresan un aspecto esencial de su gloria, que es una gloria sacerdotal. El autor lo confirma en el capítulo 7o, cuando comenta el oráculo del salmo 110 sobre el sacerdocio eterno de Cristo: “porque El permanece *eternamente*, posee un sacerdocio que no termina y por eso está en grado de comunicar la salvación completa a aquellos que por medio de El se acercan a Dios, permaneciendo El *siempre vivo para interceder* en su favor” (Heb 7,24-26).

Al consuelo recibido de la certeza de una constante intercesión de Cristo por nosotros se agrega una perspectiva estimulante: la contemplación del Cristo glorificado nos llena de valor para comprometernos generosamente en el camino que lo ha conducido a su gloria. “Corramos, escribe el autor, con valor en la competencia que nos ha sido propuesta, teniendo fija la mirada en Jesús, iniciador y perfeccionador de la fe, que... soportó la cruz despreciando la vergüenza y se ha sentado a la diestra del trono de Dios” (12,1-2). La gloria actual de Cristo no hace olvidar su cruz, al contrario, pone en evidencia su valor extraordinario y nos comunica así toda la fuerza de ánimo de la cual tenemos necesidad en las pruebas de la vida y en la lucha contra el mal. La esperanza cristiana es una virtud activa.

## CONCLUSION

Cuando al final de su espléndida predicación, el autor de *Hebreos* proclama: “Jesucristo ayer y hoy (es) el mismo y (lo será) por siempre” (13,8), se refiere a toda la cristología sacerdotal que ha expuesto magistralmente en los capítulos precedentes. Desde “ayer”, es decir desde el momento de su glorificación pascual, Jesucristo es aquel que, por medio de una perfecta

docilidad filial hacia Dios y de una generosísima solidaridad con nosotros, ha llevado a su perfección la doble capacidad de relación que poseía en virtud de su condición de Hijo de Dios hecho hombre. El se ha convertido ahora y es para siempre el sumo sacerdote digno de fe por las relaciones con Dios y lleno de misericordia hacia todos los hermanos (2,17). El ha permitido que el ser humano entre en la intimidad de Dios y ha puesto en movimiento un intenso dinamismo de comunicación y de comunión.

En su pasión, Jesús ha adquirido y ahora posee una inagotable capacidad de transformar nuestra existencia, con tal que acojamos en nosotros este dinamismo, que nos da la fuerza de afrontar como El las luchas necesarias contra el mal, haciendo de ellas otras tantas ocasiones de progreso en la docilidad filial y en la solidaridad fraterna. Cuando repetimos "Jesucristo ayer, hoy y siempre", reavivamos sobre todo nuestra adhesión de fe a Jesús Glorificado junto al Padre; reforzamos nuestra confianza en su capacidad para venir continuamente en nuestra ayuda y renovamos nuestro compromiso de acoger en nuestra vida el dinamismo de su Misterio, dinamismo de amor generoso que vence las fuerzas del mal, acepta sufrir para mejor compartir y propaga la unión de todos en la caridad divina.

NOTA: Para una más amplia explicación y otras referencias, cf. VANHOYE, Albert. *Sacerdotes antiguos y Sacerdote nuevo según el Nuevo Testamento*. Sigüeme, Salamanca 1984.